



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como "Honoris Causa" por
la Universitat de València a Jozef
Ijsewijn

Discurso de aceptación

Valencia, 9 de noviembre de 1992

Vives acerca de la educación y la erudición

Majestades
Excelentísima Presidencia
Estimados Colegas
Señoras y señores

En su Coloquio sobre la escuela ("Schola") Vives describe el curriculum académico de los estudiantes de la universidad. Acerca de la última fase del mismo comenta lo siguiente:

"Al final obtienen la "doctrina" (el título de doctor) cuando, en una asamblea solemne de la Universidad se les coloca un gorro en la cabeza, para significar que el estudiante se libera y alcanza la cualificación. Ese es el supremo honor y el más alto rango de la dignidad".

Hoy me siento como el estudiante de Vives y no sé qué palabras emplear para comunicarles mi más cordial gratitud, tanto a Ustedes como a su Universidad y a su País. Permítanme decir que estoy particularmente complacido porque mi honor está tan estrechamente relacionado con el nombre y el honor de Joan Lluís Vives. Desde hace muchos años su retrato me está mirando desde la pared del estudio de mi casa. También desde hace muchos años estoy trabajando para devolver a este ilustre hijo de Valencia su debido lugar en el mundo de la enseñanza y la cultura. La sombra de sus buenos amigos Erasmo y Tomás Moro ha eclipsado a menudo su nombre, de forma injusta. Sus contemporáneos ya habían advertido muy acertadamente, creo, que si Erasmo era el más grande en el arte de la escritura, Vives poseía el pensamiento más penetrante. Todavía hoy, es más fácil organizar un año dedicado a Erasmo que una celebración a Vives. Una de las mayores satisfacciones de mi carrera académica es que Valencia haya celebrado de forma tan espléndida y durante un año entero a un hombre, que no sólo es una primera figura de la cultura valenciana y española, sino también de la europea.

Con toda justicia el documental realizado por la televisión valenciana con ocasión de este año de Vives lleva por título: "Joan Lluís Vives, l'Europeu".

Con su experiencia de cuatro universidades en cuatro países diferentes, Vives era efectivamente un estudiante "Erasmus" *avant la lettre*. Además, su celebración coincide con un resurgimiento extraordinario de los estudios humanísticos en España. No lo digo influido por este día tan feliz, sino porque es algo que llevo percibiendo con gran interés desde hace varios años como director de una publicación y una bibliografía dedicadas a la erudición académica del Renacimiento. A ello hemos podido realizar una modesta aportación desde Louvain.

Hace siete años, en agosto de 1985, durante un congreso en Alemania, una joven de Granada se acercó a mí y me preguntó cortésmente si la acogeríamos en Louvain, en el caso de que obtuviese una beca para estudiar en el extranjero. Yo contesté que naturalmente, y unos pocos meses más tarde se convirtió en la primera estudiante española que acudía a nuestro instituto. Le han seguido muchos más, procedentes de lugares tan dispares como Cádiz, Tarragona, Valencia, La Laguna, Sevilla y Valladolid, entre otros.

Actualmente por lo menos un graduado español al año permanece con nosotros, y casi cada año aceptamos las aportaciones de los estudiosos españoles a nuestra revista de estudios Neo-latinos "Humanistica Lovaniensia". Es un acontecimiento muy afortunado y la prueba concreta de que unos países que tanto tuvieron en común en el pasado están volviendo a acercarse en nuestra moderna comunidad europea. Por mi parte, el honor que Vds. me han concedido hoy me hará aún más consciente de los estrechos lazos académicos y de amistad que unen a nuestras universidades y a nuestros países. Considero que, ayudando a los estudiantes españoles en Louvaina, estamos pagando una deuda de honor a la memoria de J.L. Vives, quien aportó mucho más a Louvaina de lo que mi Universidad a principios del siglo XVI estaba en condiciones de darle.

Permanezcamos unos minutos más en compañía del gran humanista valenciano. No les digo nada nuevo al recordarles el hecho de que Vives es uno de los principales pensadores del Renacimiento sobre los problemas de la educación, el bienestar social y la dignidad humana, sobre asuntos políticos fundamentales tales como la paz entre los hombres y los pueblos. Puesto que no es posible comentar de forma adecuada todo ello en unos pocos minutos y ya que estamos aquí reunidos en un centro de educación y enseñanza -lo que es una universidad fundamentalmente- he considerado oportuno exponer un tema que es de importancia primordial para todo hombre en general, cualquiera que sea su actividad o credo, y para una comunidad académica en particular: la educación, la instrucción, la enseñanza.

Permítanme volver por un momento al Coloquio de Vives sobre la escuela. Contiene un comentario que revela en una afirmación corta y retórica la concepción de Vives sobre la misión del educador: "Dios, afirma, creó al hombre entero: su padre dio vida a su cuerpo; su maestro forma su mente".

Nos puede resultar un poco injusto para con los padres, respecto a su papel en la educación de los hijos. Pero puede ser una impresión errónea, producida por la figura retórica de estructura triple que Vives emplea en esta frase. De hecho, en otras obras como *In Pseudodialecticos* y *De tradendis Disciplinis*, Vives atribuye un papel más importante a los padres y eso me hace pensar que el estilo retórico de la frase distorsionó su pensamiento un poco. Se sabe que en los textos clásicos y en los textos escritos en la tradición clásica, la estructura triple se consideraba la más perfecta y artística. Puesto que los Coloquios de Vives tenían como objetivo enseñar a los alumnos un buen estilo de latín, es muy probable que debamos tener en cuenta las implicaciones retóricas cuando intentamos comprender lo que Vives nos está diciendo. Sin embargo, el texto que he citado nos proporciona una buena idea de la importancia primordial que Vives asigna a la educación, y consecuentemente al maestro. Nos permite comprender por qué dedicó tanta energía durante toda su carrera a la reforma de las escuelas y las universidades. Todas sus obras importantes y varias de las menores propugnan bien reformas sociales, bien políticas o educativas, y desde su punto de vista los problemas sociales y políticos no pueden resolverse a menos que primero se proporcione una buena educación. En este aspecto era un auténtico y gran humanista igual, o en algunos aspectos superior, a sus dos amigos mayores que mencionamos anteriormente, el holandés Erasmo de Rotterdam y el inglés Tomás Moro de Londres. Juntos forman un triunvirato de grandes pensadores que influyeron profundamente en su propia época y en las generaciones posteriores.

Antes de acercarnos más a las ideas de Vives sobre la enseñanza y la erudición, será útil esbozar un breve perfil del trasfondo cultural, o sea, del humanismo renacentista. El humanismo fue un movimiento cultural que abarcaba muchos aspectos de la sociedad humana, aunque incidía especialmente en la educación moral e intelectual y abogaba por una reforma profunda de la enseñanza a todos sus niveles y de la actividad erudita de las universidades. Los instrumentos de esa renovación debían ser en primer lugar los textos clásicos griegos y latinos, muchos de los cuales eran desconocidos y no se habían leído durante casi diez siglos. Las autoridades principales en el campo de la educación llegaron a ser, *inter alia*, dos escritores de los años postreros del primer siglo d.C.: Quintiliano el romano, descubierto en 1416 en St. Gallen, Suiza, por el humanista florentino Poggio Bracciolini, y el griego Plutarco, cuyos ensayos morales tuvieron que ser traducidos primero al latín para estar al alcance del mundo europeo occidental. El más grande de los educadores italianos del siglo XV Guarino da Verona (1374-1460) tradujo el tratado "De liberis educandis" (Sobre la educación de los niños) y a principios del siglo XVI, Erasmo hizo lo propio con once ensayos más, algunos sobre la educación de los príncipes y la manera de vivir con salud. Cuando Vives, en su obra fundamental sobre la reforma de la enseñanza y la instrucción (II 3) afirma que las generaciones mayores deben encargarse de la educación civil de los más jóvenes, apela a la autoridad de Plutarco para confirmar su tesis, y dedica uno de sus coloquios a la educación de los príncipes, exactamente lo mismo que Plutarco había hecho en uno de sus ensayos morales.

Debido a la suprema importancia que atribuían a una buena educación, muchos humanistas se dedicaban a las actividades pedagógicas. Varios de ellos pasaron su vida como educadores, como Vittorino da Feltre y Guarino y su hijo Battista en Italia, Alexander Hegius, el director de la escuela de Erasmo, en los Países Bajos, y Melanchthon en Alemania. Otros redactaron libros de texto, gramáticas, instrucciones para el buen comportamiento y similares. Lo mismo hicieron Erasmo y su predecesor friso Rudolf Agricola. Muchos humanistas eran a la vez educadores y autores de textos pedagógicos y Vives es un ejemplo excelente. Enseñó en las Universidades de París, Lovaina y Oxford.

Fue preceptor de príncipes y prelados como el Cardenal Guillermo de Croy, la princesa María, hija del rey Enrique VIII de Inglaterra y la Reina Catalina de Aragón, y finalmente de la Condesa Mencia de Mendoza, Virreina de Valencia, cuando vivía en el castillo de Breda en Brabante. Al mismo tiempo Vives es uno de los grandes escritores de temas educativos del Renacimiento, y su obra comprende tanto las consideraciones teóricas como los manuales prácticos, como Coloquios y un tratado sobre la forma de escribir bien las epístolas. Hoy, todavía, muchas de sus obras despiertan interés para su lectura. Eso no significa, por supuesto, que todo lo que encontramos en Vives sea original, ni que nosotros, hombres y mujeres del siglo veinte, estemos de acuerdo con todo lo que propone.

Los humanistas están completamente impregnados de la literatura clásica, y Vives no es una excepción. No es difícil detectar sus muchas deudas a Platón, Aristóteles, Isócrates, (dos de cuyos ensayos tradujo) y Plutarco, entre los griegos, y a Cicerón, Séneca y Quintiliano entre los romanos.

Pero, por otra parte, es de gran importancia recordar que Vives no fue nunca un seguidor ciego de predecesores venerados. Una característica esencial de su pensamiento es su firme creencia en el valor y la necesidad del juicio crítico. "Algunos creen cualquier cosa sólo con que esté impresa", y comentaba sarcásticamente: "fidum quia impressum" es su lema. En el prefacio a su obra sobre la decadencia de las Artes, afirmó claramente esa creencia al escribir "es más interesante para la instrucción estudiar las obras de los grandes autores de forma crítica, que simplemente aceptar su autoridad y confiar del todo en la verdad de otros". En este proceso debemos únicamente tener cuidado de evitar la envidia, la severidad y las prisas excesivas, pues son mortales para la buena crítica. Por otra parte, afirma que "la naturaleza aún no está cansada y agotada y con la experiencia de tantos siglos a nuestra disposición, estamos en una posición más favorable que Aristóteles y Platón para ofrecer una evaluación: la verdad está abierta a todos; aún no se ha agotado, y queda mucho por hacer a las generaciones venideras". Pero, al mismo tiempo, cuando escribía estas palabras, Vives pedía a sus lectores que aplicasen los mismos principios de crítica a sus propios escritos.

Esta apelación a la instrucción crítica puede no parecer muy revolucionaria a finales del siglo XX, pero no debemos olvidar que en la época de Vives, criticar a Aristóteles podía incluso poner en peligro la vida del crítico. Y permítanme añadir que apenas hace diez años, cuando el Papa visitó mi país y estuvo en nuestra Universidad, nuestro rector provocó una conmoción considerable en ciertos círculos al comentar a su invitado en público que los eruditos y los científicos tienen derecho a errar en sus investigaciones, porque de otro modo la verdadera erudición y la ciencia llegarían a ser imposibles. Apelando a la crítica de sus colegas, Vives reconocía que él mismo también podía estar equivocado. Ese es precisamente el precio que todos debemos pagar si deseamos salvar la erudición y el aprendizaje de una parálisis total.

Los educadores humanistas tenían unos objetivos claramente delimitados: una sólida formación moral e intelectual mediante métodos respetuosos y amigables con los niños. Tanto los profesores como los estudiantes deben utilizar siempre un lenguaje claro, puro y elegante; dedicar sus obras a los temas valiosos y no abandonarse a frivolidades o a disparates pedantes y abstrusos. Los grandes educadores como Guarino, Bruni, Tomás Moro, Erasmo y Vives también reivindicaban una educación humanista para las niñas, aunque con algunas limitaciones hoy totalmente inaceptables, aunque no lo fueran en modo alguno en su época, Guarino aceptaba chicas en su escuela de Ferrara, pero habrían de transcurrir muchas generaciones antes de que las universidades europeas hiciesen lo mismo. Vives afirma explícitamente que hay que dedicar una atención mucho mayor a la instrucción de las muchachas que lo que la gente estima necesario. A partir del retórico griego Isócrates, cuyas obras llegaron a ser muy populares a partir del siglo XV, los humanistas destacaron también la necesidad de una educación liberal para los miembros de la nobleza y los futuros gobernantes del estado. De este modo se opusieron a la opinión predominante en su época, según la cual para los hijos de la nobleza una formación física y militar era suficiente y el estudio de las letras quedaba reservado a los futuros clérigos y a los profesionales de la enseñanza de las letras, de la misma manera que otros aprenden a reparar los zapatos o algún otro oficio.

En varios Coloquios Vives tocó este asunto y, como ya he comentado, incluso dedicó un diálogo a discutir la mejor educación para un príncipe. Además, tradujo el ensayo de Isócrates *Nicocles*, en el que se describe en términos idealizados la relación entre un monarca y su pueblo. Desde luego Vives mismo tenía bastante experiencia de la vida de la corte en Bruselas y Londres para saber de qué hablaba cuando planteaba la necesidad de una educación humanista para los miembros de la clase gobernante de su época. Su descripción de la educación que recibían los hijos de la nobleza de entonces se ve ratificada además por el testimonio de su contemporáneo y conocido, el noble y cortesano flamenco Georgius Haloinus, quien testimonia que era "rara avis" en la corte de Bruselas, porque le interesaba profundamente el latín y la literatura clásica. En otro coloquio, el *Leges Ludi*, que contiene su conocida descripción de Valencia, Vives señalaba la diferencia entre la población de estudiantes de la universidad de su ciudad natal y la de París. En Valencia únicamente los hijos del pueblo llano asistían a la universidad, los hijos de tejedores, de zapateros, carniceros, y otros comerciantes. En París la juventud aristocrática y noble acudía en tropel, procedente de muchos países. Esta afirmación sobre París se ve confirmada una vez más por otro testigo: cuando Erasmo era estudiante en París, ganaba la vida como preceptor de estudiantes nobles ingleses y escoceses.

Los escritos teóricos de Vives sobre la educación y la enseñanza abarcan una amplia gama de temas: en el capítulo "De ratione discendi" de su obra madura de lo que llamamos actualmente psicología, comenta la base filosófica de la educación. En el segundo libro sobre la reforma de las Universidades, *De tradendis disciplinis*, describe con detalle su forma de ver la organización de las universidades y el profesorado. Destinado a la princesa de Inglaterra escribió un tratado especial sobre la educación de la mujer cristiana. Finalmente, a partir de los años de su juventud en París, nunca refrenó la crítica, que podía ser extremadamente dura, contra los malos profesores y estudiantes. En una de sus obras de la primera época, el diálogo *Sapientis disquisitio* de 1514, ya había repasado todas las tonterías con las que los eruditos y científicos de París malgastaban el precioso tiempo de sus estudiantes.

Ahora intentaré recoger de estas obras algunos de los más característicos pensamientos y propuestas sobre el valor de la educación, sobre la organización práctica de la instrucción académica, sobre los maestros y estudiantes.

La educación, afirma Vives, hace que los hombres sean distintos de los animales. Es cierto que los animales también dan a sus cachorros y crías un tipo de instrucción, pero hay una diferencia fundamental con los hombres: los animales enseñan únicamente lo que su cría haría de todas formas antes o después, volar en el caso de los pájaros, cazar ratones, etc.. La única ventaja de esta educación animal, por tanto, es que los jóvenes aprenden más rápidamente lo que deben hacer. Sin embargo, los hombres enseñan a sus hijos muchas cosas que un niño no aprendería nunca a hacer por sí mismo o haría de forma totalmente distinta de la deseable para llegar a ser un ser humano decente.

En otras palabras, instruimos a nuestros hijos no sólo por un "eductio ingenii de potestate in actum", es decir, cambiando nuestra capacidad natural desde la mera disposición a la aplicación práctica, tal como lo hacen los animales, sino mediante un "appositio qualitatis in animo", añadiendo nuevas cualidades a nuestra mente. Un ejemplo de este último tipo de instrucción es el estudio de una nueva lengua. Un niño inglés puede aprender el francés y viceversa; un gato nunca aprenderá a ladrar como un perro.

Puesto que la educación es el resultado de un proceso de instrucción, Vives atribuye una importancia enorme a la buena enseñanza: "Eruditio est menti, quod lux oculo" (A.V., p.322), "la instrucción es para la mente lo que la luz es para el ojo", es una afirmación clave, de la cual se desprende naturalmente que "quo plus est lucis, plus scientiae" (p. 332), cuanto más luz hay, más conocimiento. Dos siglos después la cultura occidental inventaría el término "ilustración" para subrayar el papel fundamental de proporcionar luz y razón a nuestra mente para eliminar todo tipo de obscurantismo. No debe sorprender, por tanto, que mucho de lo que Vives tenía que decir sobre las universidades europeas vuelva a aparecer en las obras de los grandes escritores de la Ilustración como el danés Ludvig Holberg. Algunos pasajes de su novela titulada "El viaje de Niels Klims al centro de la tierra" (1741) podían haber sido escritos por Vives.

Como su amigo Erasmo, Vives insistía en que la primera niñez es una fase esencial en el proceso de la educación. Según Vives (D.320) es el mejor momento para aprender mucho. Desde luego, no estaría de acuerdo con las opiniones pedagógicas modernas, según las cuales la instrucción de los niños pequeños debe ser un juego más que un trabajo asiduo. Vives dice que la memoria de los niños aún es libre y muy despierta. No les importa estar sentados en la escuela, atentos, aprender a leer y escribir, aprender de memoria y realizar todo tipo de tareas escolares. Como no les molesta, les cansa menos. Los estudiantes mayores, al contrario, ya tienen otros intereses y preocupaciones, lo que les hace que sea más difícil concentrarse en los estudios. Vives admite, sin embargo, que los estudiantes mayores tienen un enfoque más maduro y unos conocimientos más amplios adquiridos por la experiencia.

En su coloquio *Schola*, Vives nos informa con precisión sobre la "jornada de trabajo" de un niño. Puesto que está hablando de un "Gimnasium", lo que en latín humanístico de la época significa una Facultad de Artes de la Universidad, tenemos que pensar en alumnos de aproximadamente doce a quince años de edad. Su horario comprende siete horas repartidas durante todo el día. Se imparte la instrucción durante cinco horas: una antes del amanecer, dos por la mañana y dos por la tarde. Estas horas docentes se completan con dos horas de estudio particular. Siete horas al día no parece exagerado, pero debemos tener en cuenta que en las escuelas del siglo XVI no tenían las tardes ni los fines de semana libres. Además, es interesante comparar esto con un principio de la *Utopía* de Tomás Moro (1516) en la sociedad ideal de *Utopía* nadie tiene que trabajar nunca más de seis horas al día, estando el resto del día libre para emplear en actividades culturales, deportes o simplemente para descansar. Era bastante común en la época de Vives impartir una clase antes del amanecer. En los reglamentos para los jóvenes estudiantes de Louvain emitidas por Carlos el Temerario el 3 de enero de 1416 leemos que los estudiantes deben levantarse a las cinco y tener una "ordinaria lectio" antes de asistir a la misa matinal.

La instrucción es por su naturaleza una actividad social que implica a dos partes, el profesor y el estudiante, y a menos que se trate de la instrucción particular, que Vives consideraba una buena alternativa si no había buenas escuelas disponibles, requiere una infraestructura bien organizada. Vives tiene cosas interesantes que decir sobre cada uno de estos temas.

Como he comentado anteriormente, el segundo libro de *De tradendis disciplinis* empieza con una discusión de los problemas de organización: ¿cómo, dónde, para qué y por quién deben ser organizadas las universidades? Ante todo, una universidad debe ser construida en un entorno sano, porque la salud de los estudiantes es un requisito previo esencial para el éxito en los estudios. Puede ser que este principio formulado por Vives nos dé la clave para comprender por qué en su época siempre destacan la salubridad del clima del pueblo en las alabanzas de Erasmo y otros de universidades tales como la de Lovaina. Vives, sin embargo, añade una condición muy curiosa, con la cual muchos lectores de hoy no estarán de acuerdo: el entorno no debe ser demasiado atractivo y verde, porque eso haría salir a los niños. Un lugar agradable y verde únicamente es adecuado cuando se enseñan temas agradables como la poesía, la música y la historia. Además, debe haber bastante comida disponible; hoy día diríamos que la universidad debe proporcionar suficientes restaurantes económicos para los estudiantes y los edificios no deben estar ubicados al lado de carminos ni en zonas bulliciosas, en las cuales el ruido de los talleres puede estorbar los estudios. Vives prefiere una ubicación fuera de la ciudad, sobre todo si se trata de un puerto o un centro comercial importante.

Al mismo tiempo no debe ser un lugar completamente aislado, donde acudan muchos merodeadores y donde (aquí habla el moralista) los estudiantes podrían abandonarse a ciertos vicios sin ser detectados. De lo que dice, está claro que a Vives no le agradarían los "campus" modernos, al estilo americano, edificados en lugares en el campo más allá de una distancia de paseo de la ciudad más cercana. Vives añade otra condición sorprendente: las universidades deben estar lejos de las cortes de los príncipes y de las mujeres; de las cortes, porque podrían ser escuelas del ocio y del mal comportamiento; de las mujeres porque pueden atraer a los jóvenes por su belleza. Lo más probable es que las experiencias personales y ciertas predisposiciones psicológicas influyeran en estas afirmaciones de Vives. Vives sabía que cualquier centro de poder podía generar abusos, y las discusiones sobre el Papa y la curia añadían mucha leña a esta convicción en su tiempo. Además, Vives había tenido que vivir en posiciones inferiores y condiciones pobres en las Cortes de Bruselas y Londres, y es posible que tuviera recuerdos desagradables de las mismas. Quizá le influyera su amigo Tomás Moro, un cortesano incorruptible, pero con un ojo muy abierto al comportamiento de sus colegas menos honrados. En cuanto a las mujeres, se sabe que Vives nunca podía eliminar los prejuicios medievales y cristianos contra las mujeres en general y contra las jóvenes en particular.

Además, su punto de vista fundamentalmente pesimista de la naturaleza humana le impedía ver el amor entre dos jóvenes como algo normal y mentalmente sano. En este aspecto el Coloquio *Garrientes* revela mucho.

En esta obra nos afirma que Clodius, que una vez había sido un joven brillante y alegre y un buen estudiante, se había convertido de repente en una persona triste, silenciosa e insociable. ¿El motivo? Se había enamorado. Vives quería proteger a los estudiantes de estas experiencias desagradables. Pero para restaurar el equilibrio justo en este asunto, sólo hay que recordar que mi universidad se fundó en Louvain y no en Bruselas, capital del ducado, porque el duque no quería que los estudiantes estuviesen demasiado cerca de su palacio y porque los ciudadanos de Bruselas no querían tener a los estudiantes demasiado cerca de sus hijas.

Las universidades, finalmente, no deben construirse en zonas fronterizas, demasiado expuestas a los peligros de la guerra, y cada principado debe tener su propia universidad a fin de garantizar que incluso durante los períodos de guerra, los estudiantes puedan mantener sus estudios con seguridad. Aquí, una vez más, la propia experiencia de Vives como estudiante en París, cuando irrumpió un conflicto entre España y Francia, dejó huellas visibles en su pensamiento.

Por último, Vives no olvidaba que la buena enseñanza únicamente es posible si se dispone de una buena biblioteca en las instalaciones de la universidad. Una buena biblioteca, para un humanista significa una colección de textos clásicos, no los libros escolares medievales prohibidos por los humanistas. Muchas universidades de principios del siglo XVI no cumplían con esta exigencia de Vives. Las bibliotecas amplias apenas existían antes de mediados del siglo XVII. La mayoría de las facultades tenían muy pocos libros: la Facultad de Artes de Louvain tenía aproximadamente veinte libros a finales del siglo XV. Y cuando Vives estaba en Louvain en 1521 escribió una carta a un amigo de Brujas, pidiéndole ayuda para encontrar el *Digesta*, porque era imposible adquirir un ejemplar en Louvain.

Los edificios y las instalaciones pueden ser importantes, pero más importantes son las personas que constituyen la universidad, es decir, los profesores y los estudiantes. De hecho, según Vives (p. 279) una Universidad es una comunidad de hombres no sólo instruidos sino también honrados, los cuales se han agrupado a fin de hacer que los otros que acuden allí para aprender sean igual que ellos. En este proceso social de transmitir y recibir conocimiento y experiencia, su peculiaridad está en que quien da no pierde nada, sino al contrario; en muchos casos gana algo por el carácter estimulante de la actividad docente: Vives sabe que hay alumnos brillantes que a veces avanzan a sus profesores, y de este modo, estimulan la aplicación a su tarea de estos últimos.

No será sorprendente oír que un hombre como Vives exige muchísimo de los buenos profesores. A mi entender, adaptaba fundamentalmente para ellos la antigua definición romana del buen orador, que comprende una parte moral y otra profesional: "Vir bonus dicendi peritus". Lo podríamos volver a formular en latín como "Vir bonus docendi peritus". De hecho, según Vives, un profesor debe no sólo conocer su disciplina (p. 273) sino, al mismo tiempo, ser hábil pedagogo, un hombre que sabe la forma de transmitir sus conocimientos a otros y, no menos importante, un hombre honorabilísimo. Debe amar a los jóvenes y ser como un padre para ellos. Las consideraciones pecuniarias nunca pueden ser su motivo principal: "Numquam bene traditur disciplina, quae venditur". Si uno enseña por dinero, nunca será buen profesor.

Eso no significa que un profesor no merezca una remuneración digna por su trabajo. Vives mantiene el principio, de hecho no muy común hoy en día, de que la administración pública debe pagar a los profesores una cantidad tal que un hombre honesto estaría satisfecho, pero un codicioso desdeñaría. En la época de Vives la mayoría de los profesores de Louvain recibía su salario de beneficios eclesiásticos, y las cátedras pagadas por la ciudad eran muy excepcionales. Vives además prohíbe a los profesores recibir obsequios de sus alumnos ni venderles comida. Está muy claro que Vives quería evitar el surgimiento de obligaciones indebidas y tensiones dolorosas que podrían interferir con un ambiente didáctico sereno. Una vez más, las experiencias personales estaban en el fondo de su mente: por sus obras de juventud sabemos que en París los mismos estudiantes le pagaban sus clases, y que canceló un curso al menos una vez por la tacañería de estos.

Los profesores y los estudiantes deben ser hombres modestos: alguien que nunca puede admitir que se ha equivocado, que ignora algo, que otra persona tiene razón, es una vergüenza para el mundo de la educación. Fundamentalmente, es la aplicación de la regla general de la buena crítica que ya he mencionado. Al mismo tiempo, Vives siempre estaba preocupado por la buena reputación de los profesores y estudiantes. Incluso en su famoso tratado socio-político *De concordia et discordia in humano genere* (Brujas, 1526) incluyó un capítulo sobre la discordia entre los estudiantes, en el cual condenaba perentoriamente las amargas disputas entre estudiantes, provocadas por disensiones inútiles y nunca reconciliables. Esos estudiantes eran culpables de la mala fama que todas las disciplinas literarias y teológicas padecían. Huelga decir que se oponía enérgicamente a cualquier forma de censura entre estudiantes y ante todo a la quema de libros: cuando se inició ese nefasto procedimiento en Louvain en 1520, escribió a su amigo Cranevelt en Brujas: "Deseo que Dios devuelva el sentido común a sus teólogos".

En la Universidad Vives prefiere un orden sencillo y jerárquico del personal docente. En el primer nivel coloca a los estudiantes avanzados, una especie de ayudantes, a quienes denomina "professores", porque están empleados en la actividad docente "profitentur" en latín. Deben enseñar los cursos generales que gozan de gran audiencia. De vez en cuando unos miembros cualificados superiores del personal docente acudirán y evaluarán sus enseñanzas. Estos profesores ayudantes no pueden ser elegidos por los estudiantes porque inevitablemente la elección resultaría ser una prueba de popularidad con una influencia negativa en la calidad de la instrucción. Por el mismo motivo, Vives no quiere que dos "professores" enseñen la misma asignatura al mismo tiempo. Sería demasiado el riesgo de que se produjese una rivalidad malsana y se adaptasen demasiado a los deseos de los estudiantes.

Aunque Vives no parece ser excesivamente pesimista respecto a este punto, y los estudiantes buenos siempre preferirán buenos cursos, no estaba del todo equivocado. Hoy, no es infrecuente observar en nuestras universidades que ciertos cursos optativos exigentes son evitados por muchos estudiantes, en favor de los más fáciles.

Si la actuación de un "professor" recibía la aprobación de las autoridades académicas, éste llegaría a ser "doctor" o "magister", lo que significa que está cualificado para enseñar por su cuenta.

De estos "doctores" una cierta cantidad se nombraban "magistri-professores", lo que creo se corresponde con nuestros catedráticos ordinarios (cathedraticus). Vives insiste en que este tipo de título no debe ser buscado con la ayuda de dinero, cenas o cualquier otro tipo de regalos o presión. Además, no parece partidario de un nombramiento para toda la vida, ya que considera que un profesor debe poder ser despedido cuando demuestre ser incompetente como erudito o si vive de forma deshonrosa. Por otra parte, Vives está claramente a favor de la libertad académica de los profesores; sólo ellos deben elegir el tema de su curso. Esta libertad permite distinguir un profesor excelente de otro mediocre: lo único necesario es observar los autores que eligen para leer. Un buen profesor elige a los grandes autores, los demás se satisfacen con los libros de texto "escolares".

Además Vives habla de forma muy franca sobre el tema de los estudiantes: no todo el mundo debe ser enviado a la universidad. Primero un filtro meticuloso debe establecer la idoneidad intelectual y moral del candidato. Debe ser adecuado para realizar un currículum de estudios y permanecer en la universidad como persona honesta. Algunos padres solían enviar a la universidad únicamente a los hijos que demostraban ser inadecuados para una carrera comercial o militar. Ello es absurdo: uno debe enviar a su hijo cuando está dotado para la vida de estudio; de otro modo es simplemente perder el dinero y el tiempo.

A fin de preparar a la juventud para la universidad cada pueblo debe organizar un instituto ("ludus litterarius") provisto de profesores con buenas cualificaciones pagados por la administración pública. Allí, los niños deben aprender con métodos adaptados a su edad, todo lo que será útil para la vida, y si se demuestran aptos para ello, para los estudios académicos. Vives subraya que los padres, así como los maestros de escuela, deben poner gran cuidado en la enseñanza y uso del idioma nativo. Ello está en acuerdo con la creencia de los principales humanistas y pueden encontrarse afirmaciones similares en las obras de Pietro Bembo, el gran contemporáneo veneciano de Vives y, en una etapa anterior, en las del frisio Rudolf Agricola, un autor con el cual Vives estaba muy familiarizado. El lenguaje correcto y elegante es uno de los ideales básicos del humanismo, en relación con la convicción de que el lenguaje claro es la expresión de una mente clara. "Sacrarium esse eruditionis lingua" es la fórmula lapidaria de Vives (III 1). "El lenguaje es el santuario sagrado de la cultura". Mucho más tarde el poeta clásico francés Boileau reflejaría la visión de los humanistas en francés: "Ce qui se congoit bien, s'enonce clairement". La preocupación por el idioma materno no se encuentra en conflicto con el estudio del latín. Los hombres en general y los eruditos en particular necesitan un idioma común que útil a través de las fronteras nacionales. Un hombre como Vives, que vivía y trabajaba entre hombres que hablaban valenciano, castellano, francés, holandés e inglés o varios dialectos de estos idiomas sabía seguramente de primera mano cuál era la importancia del latín en su época. Desde luego no hubiera comprendido por qué Europa quiso eliminar el viejo idioma dos siglos más tarde.

Sin embargo el programa de Vives para la escuela no se limita sólo a los idiomas y la literatura. Afirma expresamente que los sabios y antiguos maestros introducirán a los niños en las reglas de la organización social y política de su país. Le pudo haber influenciado la máxima de Séneca: "aprendemos para la vida, no para la escuela".

Finalmente, todo el proceso de enseñanza debe adaptarse al ritmo individual de cada niño y estudiante: a los niños más lentos se les debe una justa oportunidad (á. 276). No hay nada más injusto que asignar el mismo período de tiempo a todos. Nada podría ser más injusto que tal igualdad ("nihil esset aequalitate illa inaequalius"). Por tanto, en las escuelas los maestros deben reunirse cada dos o tres meses para evaluar el progreso de los alumnos. Lo deben realizar "paterno affectu et severo iudicio", con el amor de un padre y la severidad de un juez.

Desde la distancia de casi cinco siglos hemos oído la voz de un gran valenciano y un gran europeo. El hecho de que mucho de lo que Vives tenía que contarnos en temas de educación y de enseñanza (y lo mismo puede decirse respecto a otros temas tratados en sus obras) pueda atraernos todavía sin sonar obsoleto ni anticuado demuestra que pertenece a esa categoría limitada de escritores que trascienden a su propia época. Veía más allá del mundo en el cual vivía, como sus amigos Erasmo y Moro. En el curso de los siglos sus obras han atraído a muchos lectores. En los años postreros del siglo XVI Johannes Thomas Freigius, un alemán de Nuremberg, atestigua en el prefacio de una de las muchas ediciones de los Coloquios de Vives: "Cuando era niño adoraba a Ludovicus Vives y creo que nunca perdí mi amor por él". Ese puede haber sido un sentimiento compartido por muchos; al leer sus obras sentían que Vives era un hombre simpático y honesto, que tenía cosas interesantes que decir sobre temas importantes. Por ese motivo varias de sus obras fueron tantas veces editadas en muchos países durante dos siglos o más.

Por eso continúa mereciendo nuestra atención hoy y mañana. Y finalmente, esa es la razón profunda de nuestro agradecimiento a Valencia por la espléndida organización del año de Vives.